

LOS MANUSCRITOS DEL NUEVO TESTAMENTO

Luis Conde, S. I.

¿Dónde están los autógrafos?

LA arqueología es ciencia que baila su zarabanda al son del azar. Lento escrutinio sistemático de una biblioteca, excavaciones minuciosas... y, al fin, en un recodo de la investigación, salta la morrocotuda sorpresa. Tal fue la de C.H. Roberts, cuando hacia 1936, descubrió en el cartonaje de una momia fragmentos de un pasaje de la Biblia nada menos que del siglo II antes de Cristo (1). O la de Muhammed-adh-Dhib, enjuto beduino de 15 años, a quien la suerte se le agazapó en las cavernas de Qunrán, cuando buscaba una cabra perdida, y topó con unas ánforas cilíndricas. En ellas un libro completo de las Profecías de Isaías, copiado 100 años antes de Cristo, y centenares de fragmentos del Libro de Samuel que se remontan alrededor de 225 años antes

(1) P. Ryl. 458 (Papiro de la Biblioteca Rylands, Manchester, Inglaterra, núm. 458). Al despegar cuidadosamente los trozos de viejos papiros encolados que formaban el cartón de la momia, se comprobó que pertenecían a un rollo escrito en fecha poco distante a la composición de la versión griega llamada de «los Setenta». Los fragmentos identificados conservaban algunos pasajes del Deuteronomio. Cfr. C. H. ROBERTS, *Two Biblical Papyri in the John Rylands Library*, Manchester, 1936.



de nuestra era (2). Sin embargo, todavía no ha llegado el día en que la sorpresa, la fabulosa sorpresa de hallar los autógrafos del Evangelio, brinque inopinadamente junto a un ingenuo pastor o experto egiptólogo. No conservamos los originales de los Evangelios, ni de ningún libro del Nuevo Testamento. A pesar de la expectación que provocan los hallazgos fortuitos mencionados, juzgamos más probable la pérdida irreparable de tales autógrafos.

Los originales fueron escritos verosimilmente en material económico y deleznable. Rollos o códices de papiro, para los que Plinio juzgaba excepcional una duración superior a 200 años. Consta que Pablo utilizó también el perga-

(2) D. WHARTON, *¿Qué significan los manuscritos del Mar Muerto?* Selecciones del Reader's Digest, junio 1956, págs. 55-60; A. G. LAMADRID, *Los descubrimientos del Qunrán*, Madrid 1956.

mino en sus cartas (3). Pero las innúmeras vicisitudes de la historia en un espacio temporal tan dilatado (4), destrucción de bibliotecas, persecución pagana del cristianismo, guerras... hacen perfectamente explicable su no conservación (5). No es este un hecho insólito. Se desconocen todos los originales de la literatura latina, incluidos sus grandes historiadores. Y afirmación análoga se podría hacer de otras literaturas más arcaicas (6).

(3) PLINIO, *Historia Natural*, 13, 83; Al papiro (χαρτης) alude S. Juan en 2 Jn. 12. Pablo recuerda a Timoteo los pergaminos (τάς μεμβράνας : 2 Tim. 4, 13). Cfr. VACCARI, *Institutiones Biblicae, Romae* 1951 (6.^a ed.) pág. 257.

(4) Los Evangelios Sinópticos fueron redactados antes del año 70. Probablemente hacia el año 40-48 (Mt.), 53-58 (Mc.), 58-62 (Lc.). El Evangelio de S. Juan, hacia finales del s. I, alrededor del a. 90. Hay, por consiguiente, un espacio de más de 18 siglos entre su composición y nuestros días. Cfr. M. NICOLAU, *Sacrae Theologiae Summa II*, núm. 175-6, 285-7, 303-4, 319-20, Madrid (B.A.C.) 1958, 4.^a ed.

(5) Pensemos, por ejemplo, en el edicto de Diocleciano (a. 303) en que se decretaba la demolición de iglesias, requis a cremación de libros sagrados (EUSEBIO, *Hist. Eccl.* 8, 2, 4; KIRCH, 446; FLICHE-MARTIN, *Histoire de l'Eglise II*, 1935, pgs. 464-5). El número de las defecciones no fue escaso. Claudicaron incluso algunos obispos. Frente a estos débiles «traidores» de libros surgió, por reacción, la rigorista herejía de Donato (Cfr. E. AMANN, *D. T. C.*, art. *Traditeurs*, col. 1250-52).

Otro dato interesante sobre la destrucción de bibliotecas cristianas lo suministra la carta del emperador Juliano a Eodicio, prefecto de Egipto, en el a. 362. En ella nos afirma que Jorge de Capadocia, eclesiástico cristiano, poseía una excelente biblioteca, provista de «muchos libros de filosofía, muchos de retórica y muchos también sobre la doctrina de los Galileos (cristianos), que quisiera fuesen todos destruidos». En otra carta Juliano ordena a Eodicio que recupere todo lo que pueda de aquella biblioteca, que en el tumulto popular del a. 361 se había dispersado. (Cfr. BIDEZ, *L'Empereur Julien, Oeuvres Complètes*, t. I, 2, *Lettres et fragments*, Paris 1924, 106; citado por G. RICCIOTTI, *Juliano el emperador apóstata, según los documentos*, Barcelona 1959, p. 22; Cfr. RICCIOTTI, o. c., p. 200 y 203.

(6) Confróntese la datación de los manuscritos literarios latinos que se conservan desde Appius Claudius Caecus hasta Quintiliano y

Frente a esta pérdida lamentable surge una decepción piadosa que se resuelve toda ella en el campo de la devoción: nos gustaría contemplar la grafía de aquellos testigos privilegiados de Jesús de Nazaret. Puede también acaecer otro desengaño ingenuo. Un desengaño de pequeñas proporciones y apenas perceptible; pero que tiende un celaje de desconfianza sobre el valor crítico del Nuevo Testamento. Esta reacción primaria se debe, sin duda, a una falta de perspectiva histórica. Y esto, en un doble sentido: carencia de una visión de conjunto de todos los manuscritos que nos conservan el texto sagrado, e imposibilidad práctica de comparar dicha documentación con la cronología de los manuscritos profanos supervivientes. Presentar un catálogo de los manuscritos más relevantes del Nuevo Testamento que se conservan hoy y resaltar su valor arqueológico es tarea necesaria para barrer toda neblina de nuestro cielo mental (7).

Fronto en: N. J. HERESCU, *Bibliographie de la Littérature latine*, Paris (Les Belles Lettres) 1943, pgs. 1-345; ROCA-PUIG, *Panorama de los Papiros Latinos*, Helmántica, 30 (1958) 466-495. Para la datación de los manuscritos de la literatura griega, consúltese como obra clásica: MASQUERAY, *Bibliographie pratique de la Littérature Grecque*. Paris 1914; y la más reciente: R. A. PACK, *The Greek and Latin Literary Texts from Greco-Roman, Egypt*, Ann Arbor 1952.

(7) No pretendemos en el presente trabajo abordar toda la temática en torno al valor histórico del Nuevo Testamento o de los Evangelios. Nos limitamos a considerar la base documental o manuscritos donde conservamos el texto griego del N. T. Prescindimos incluso de las otras fuentes escritas que nos transmiten el texto de modo indirecto, como son las traducciones (latinas, coptas, siríacas...) y citas de autores eclesiásticos antiguos. Sobre la genuinidad del texto, su integridad y veracidad proporciona una amplia visión de conjunto:

J. LEAL, *El valor histórico de los Evangelios*, 1956 3.^a ed., 313 págs. Para una información más general sobre problemas bíblicos: Cfr. A. GIL ULECIA, *Introducción General a la Sagrada Biblia*, Madrid (Afebe) 1950; ALFRED WIKENHAUSER, *Introducción al Nuevo Testamento*, Barcelona (Herder) 1960; A. ROBERT et A. FEUILLET, *Introduction à la Bible*, Vol. I et II, Paris (Desclée) 1959.

En dos grandes grupos podemos clasificarlos: códices unciales y papiros. Insignes los primeros por su amplitud y estado de conservación; los segundos destacan por su excepcional antigüedad. Sólo describiremos, entre los numerosos unciales, el Códice Sináitico, el Vaticano y el palimpsesto de S. Efrén. Sus variadas características bastarán para proporcionarnos una imagen adecuada de estos valiosos documentos en pergamino, difusores del texto sagrado a partir del siglo IV.

En un cesto de papeles

Con anécdota voluminosa, casi detectivesca, entra en escena uno de los manuscritos más venerables de la Biblia: el Códice Sináitico. Hallazgo verdaderamente novelesco. Su protagonista, el gran Constantino Tischendorf. Recorría este famoso bibliista las diversas bibliotecas del Próximo Oriente en búsqueda de manuscritos. Era el año 1844. En el curso de su viaje visitó el monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí. Mientras trabajaba en la biblioteca, observó un cesto que contenía gran número de hojas perdidas de manuscritos. Se acerca. Inspecciona y logra descubrir varios folios de escritura griega, que, en rápido vistazo, le parecieron de la Biblia. Extrae más de 43 hojas. El bibliotecario le advierte casualmente que otros dos grandes cestos de semejante papel sucio se habían consumido ya en el horno del monasterio. Vuelto a Europa, publicó su hallazgo bajo el título de Codex Friderico-Augustanus. Eran 43 hojas del Viejo Testamento. El infatigable Tischendorf vuelve por tercera vez al Monasterio en 1859. Investiga. Pocos días antes de su partida, muestra a cierto calificado monje una copia de su reciente edición del códice Friderico-Augustanus. El monje le informa entonces de la existencia en el Monasterio de otro ejemplar análogo. Lo introduce en su celda y le muestra un montón de hojas envueltas en un paño. Ante la mirada atónita de Tischendorf aparecieron

las restantes hojas del Viejo Testamento y el Nuevo Testamento completo. Un total de 304 folios pertenecientes al mismo viejo códice que las 43 hojas salvadas del cesto. Se trataba de una copia de la Biblia realizada a mediados del s. IV. Páginas amplias (43 x 39,8 cm.) donde el copista, en pergamino de excelente calidad, había transcrito a cuatro columnas el texto sagrado. La escritura es uncial. Es decir, mayúsculas griegas del tamaño de 2'3 cms. Quizás proviniese de la Biblioteca de Pánfilo (8) en Cesarea de Palestina, de la que se sirvió el historiador Eusebio. El Manuscrito fué regalado al Zar Alejandro II de Rusia. Un largo viaje de San Petersburgo a Londres fue el último episodio novelesco de este singular documento: el Gobierno Soviético, con escasos afanes bibliistas, lo vendió al Museo Británico en 1933 por la enorme suma de 100.000 libras esterlinas. Cantidad que fue suministrada, en su mayor parte, por suscripción popular abierta por el Times (9).

Un trofeo de Bonaparte

Cuando Napoleón remitió a París, como trofeo de guerra, aquel manuscrito conservado en la Biblioteca Vaticana desde 1481, no sabía entonces Bonaparte que sustraía el más valioso de todos los documentos griegos de la Biblia. No; porque su extraordinario valor y antigüedad lo constató Hug precisamente durante la permanencia del Códice en la capital francesa. El llamado Codex Vaticanus contenía sustancialmente to-

(8) Pánfilo murió mártir en 310. Fue maestro y amigo de Eusebio de Cesarea (ca. 338). Estudió teología en la Escuela Catequética fundada por Panteno en Alejandría (a. 180/90). Pánfilo dedicó sus mejores cuidados y actividad a la conservación y enriquecimiento de la célebre biblioteca que Orígenes (183/6 - ca. 250) había montado en Cesarea de Palestina y que contenía casi todas las obras cristianas escritas en griego (Cfr. G. BARDY, D. T. C., art. *Pamphile de Césarée*, col. 1839-41).

(9) FREDERIK KENYON, *Our Bible and the Ancient Manuscripts*, London, 1958, 5.ª ed., págs. 191-198.

da la Biblia. De sus primitivas 820 páginas, sólo se habían perdido unas 60, que contenían parte del Génesis 1, 1-46, 28), el Apocalipsis, las llamadas Cartas Pastorales (Tim, Tit), algunos Salmos y capítulos de la carta llamada a los Hebreos. Es un códice uncial, escrito a tres columnas y de proporciones menores (27, 2 x 26,8 cms.) que su gemelo, el Codex Sinaiticus. No tiene iniciales destacadas, ni puntos, ni acentos, ni divisiones en capítulos. Es curioso observar en su transcripción algunos de los errores típicos de todo copista, vg. la repetición de una línea (Jn. 17, 17) y la omisión, subsanada al margen, de otra (Jn. 17, 15). La indiscreción de otro copista posterior, pensando, quizás, que la tinta original se estaba borrando, retintó cada letra, dejando intactas las que juzgaba bien conservadas;

y estropeó la belleza de la escritura primitiva. Una escritura que debió delinarse en la primera mitad del siglo IV. Anterior, por consiguiente, al Sináitico y contemporánea de S. Atanasio (295-373) y S. Basilio (330-379) y el Concilio de Nicea (325). El manuscrito regresó al Vaticano en 1815. Y allí lo consultó el sagaz Tischendorf en cronometradas licencias de los monseñores, cuando la Biblioteca romana era un recinto inaccesible (10).

El Palimpsesto de S. Efrén

Un cesto de papeles viejos puede tornarse en Arqueología caja de sorpresas. Pero, ¿quién sabe todas las incógnitas que se agazapan sencillamente tras el

(10) KENYON, o. c., p. 202-206.

Imaginemos una peregrina hipótesis: la caprichosa y sistemática cremación de todos los códices aludidos. Supongamos una utopía: que hubieran perecido también, por no sé qué decreto imperial, las arcaicas traducciones: la Vetus latina, la copta sahídica y boahírica, las versiones siríacas (sináitica, curetoniana y Peschitto)... Todavía sería posible la reconstrucción del texto sagrado. Son tan numerosas las citas del Nuevo Testamento que tejen los escritos de los primitivos cristianos (obispos, apologistas, predicadores, historiadores) que una moderna investigación de crítica textual nos devolvería el texto íntegro.

Insertamos a continuación, una sucinta estadística del número de citas neotestamentarias computadas en las obras de algunos de estos autores.

S. Justino (ca. 100-ca. 163/7)	330 citas
S. Ireneo (ca. 140-ca. 202)	1.819 "
Clemente Alejandrino (150-ca. 211)	2.406 "
Orígenes (ca. 195-ca. 254)	17.922 "
Tertuliano (160-ca. 222)	7.258 "
Hipólito (s. II-III)	1.378 "
Eusebio de Cesarea (265-340)	5.178 "
	<hr/>
	26.291 "

Sólo siete escritores eclesiásticos incorporan a sus escritos 26.291 citas. Advirtamos que el Enchiridion Patristicum del P. Rouët de Journal enumera compendiosamente 114 autores.

texto de un pergamino? Cuando en el siglo XVI llevaron a Italia un códice del Oriente Medio con las obras de San Efrén de Siria, los destinatarios creyeron archivar un documento del siglo XII. Ignoraban que un rudo copista de la Edad Media les había escamoteado un texto 700 años más antiguo: un texto de la Biblia del s. V.

Este manuscrito es una muestra insignificante de la suerte que corrieron otros muchos libros antiguos antes de la introducción del papel en Europa. Cuando el pergamino escaseaba, el escriba echaba mano de algún manuscrito que juzgaba de poco valor, lavaba o raspaba la tinta tan bien como podía y luego escribía su libro sobre el pergamino así preparado. Los manuscritos tratados de este modo fueron llamados "palimpsestos" (palabra derivada del griego y que indica la remoción de la antigua escritura).

De ordinario, es el texto primitivamente escrito el que más nos interesa en estos documentos. Tal ocurre en nuestro caso. Pero ello requiere gran laboriosidad e ingenio, y, con frecuencia, la aplicación de productos químicos y mejor aún la fotografía de rayos infrarrojos o ultravioletas, con objeto de discernir los borrosos rasgos de la tinta original.

La primera vez que se advirtió el texto bíblico que yacía bajo las palabras de San Efrén fue a finales del siglo XVII. El manuscrito, original del s. V, contenía toda la Biblia en griego. Bastantes hojas —no todas— fueron usadas por el escriba del texto de S. Efrén. El resto probablemente ha perecido. Sólo nos quedan 64 hojas del Viejo Testamento y 145 del Nuevo, de un total de 238 (11).

Otros Códices unciales

Prolijo sería intentar la historia de documentos tan importantes como el Codex Alexandrinus (s. V), Beza (s. VI) Claromontanus (s. VI), Washington (s.

(11) KENTON, o. c., p. 206-7.

VI). Recordemos escuetamente que el códice Beza estuvo presente a las sesiones del Concilio de Trento. Lo llevó allí el obispo de Clermont. Sustraído más tarde de un monasterio de Lyon, vino a poder del protestante Teodoro Beza, quien lo regaló a la Universidad de Cambridge, donde hoy se conserva (12).

Como hemos podido comprobar, los grandes códices unciales no rebasan las fronteras del s. IV. Su enorme valor crítico radica en habernos conservado íntegro el texto de toda la Biblia. Ningún autor de la antigüedad greco-romana puede presentar en su favor un bloque tan calificado de testigos (número, estado de conservación, variedad de procedencia, antigüedad). Si revistamos, por ejemplo, el catálogo de 48 autores de la literatura latina, desde Apio Claudio el Ciego hasta Quintiliano y Fronto, advertiremos con sorpresa, que la gran mayoría de esos escritores sólo están representados por manuscritos con una datación posterior al s. VIII (13).

Los más privilegiados en este cómputo —los mss. de Cicerón y Virgilio—, sólo nos conservan su obra de un modo muy fragmentario (14).

(12) VACCARI, *Inst. Bibl.*, Romae 1951, 6.^a ed. pág. 262-4; KENTON, o. c., p. 185-219.

(13) Con la aproximación posible en cómputos de esta índole, podemos establecer que toda la producción literaria de los 48 autores que cataloga Herescu (o. c.) está representada en el mundo arqueológico por 63 manuscritos anteriores al s. IX (s. I-VIII). La documentación neotestamentaria de solo cuatro siglos (s. IV-VIII) iguala con sus 67 mss. la cifra del conjunto literario latino. Para la estadística de los autores clásicos, cfr. HERESCU (o. c.) y ROCA PUIG (o. c.); para el catálogo de códices unciales griegos del N. T., cfr. MERK, *Novum Testamentum graece et latine*, ed. crit. 1957, 8.^a ed. Roma, Pont. Inst. Biblic.

(14) Por ejemplo, uno de los mejores testigos de Cicerón, el Palimpsestus Vaticanus 5757, datado en el s. IV, sólo contiene fragmentos de la segunda acción «in Verrem», De republica y Pro Roscio Amerino. Para lograr un manuscrito que contenga en su integridad las Verrinas II, IV, V debemos recurrir al s. IX (codex Regius Parisinus). Cfr. HERESCU o. c., p. 69-129.

Interesante a nuestro propósito es el dato que nos suministra sobre Polibio, Jean Irigoien

Los grandes códices unciales arriba descritos, representan una documentación inapreciable para la reconstrucción del texto primitivo del Nuevo Testamento y constituyen la base de toda crí-

en Scriptorium XIII, 2 (1959) 181. El manuscrito más antiguo que se conserva de este famoso historiador griego es el Vaticanus gr. 124, copiado por cierto monje Efrén. La fecha más verosímil de transcripción es el a. 947. Es decir, 1.067 años posterior a la muerte de Polibio (210-120 a. C.). En este documento sólo se contienen los cinco primeros libros de la Historia de Roma que constaba de cuarenta. Datos valiosos para formarnos una mentalidad histórica. Pensemos que Polibio es «el primero que ha sabido transportar la grande, la universal figura de Roma al mundo de las letras, y a él es a quien deben las generaciones posteriores, incluso la nuestra, los mejores documentos acerca de la marcha de la civilización romana». (Th. Mommsen, *Historia de Roma*, Madrid 1955, P. I, Cap. 13, p. 526).

tica textual. No obstante, una distancia de más de 200 años nos separa de los autógrafos. ¿No hay vestigios del texto que emerjan en esta laguna? Hasta finales del siglo XIX la respuesta hubiera sido negativa. Hoy podemos remitir a testigos más arcaicos: los códices de papiro.

Las excavaciones en Herculano (Italia), Dura Europos (Siria), grutas del Qunrán (Palestina), Oxirincos (Egipto)... y la sistemática clasificación del material acumulado en lotes que beduinos y traficantes ofrecen a los grandes coleccionistas, alientan la esperanza del gran hallazgo. La esperanza de sentir palpitar bajo la escritura del testigo privilegiado las palabras de Jesús, el Señor.

(terminará en el próximo número)

